"Virya"

Cuarta Epoca

Apartado No. 568

AÑO XXIV | SAN JOSÉ, COSTA RICA, FEBRERO Y MARZO DE 1931 | Nº 79



SOBRE EL SURCO

Nuestro trabajo, de suyo modesto antes de ahora, ha sufrido una nueva limitación: las estrecheces pecuniarias que padecen las Logias de nuestra Sección y el escaso auxilio que por ello prestan a la revista, nos obligan a reducir el tamaño de ésta y a darle una presentación más conforme con esas circunstancias, ya que su circulación es gratuita.

Un muy reducido número de miembros sostiene la publicación de esta revista, consagrada a la difusión de aquellos ideales que puedan contribuir al progreso espiritual del mundo, y especialmente a los ideales que inspiran la existencia de la Sociedad Teosófica. Ya hace algunos meses nos vimos en la necesidad de convertir la revista en bimestral por razones económicas, y ahora reducimos un poco su contenido. Pero, en esta forma más modesta, "Virya" procurará continuar, esforzada y perseverantemente, la labor que se ha impuesto, y que ha venido realizando durante bastantes años, que es la de difundir el mensaje de la Teosofía.

Vivimos una época de desorientación y de reajuste en todos los aspectos de la cultura humana, y eso hace precisamente más necesario el conocimiento de las verdades de la Sabiduría Antigua, que pueden iluminar el camino de nuestra civilización y trazar líneas de progreso más estable, basado en una mejor comprensión de la finalidad de la Vida, dentro del plan maravilloso del Gran Arquitecto del Universo.

El evidente beneficio de las enseñanzas teosóficas para ayudar en aquel reajuste y su utilidad para aminorar el dolor humano, son el estímulo que nos mueve a continuar valerosamente la labor comenzada a despecho de las dificultades materiales que obstaculizan su desarrollo, y en el cumplimiento de ese sagrado deber voluntariamente aceptado pondremos, modesta e incansablemente, nuestros mejores empeños.

M. L. C.

RESPUESTAS A ALGUNAS PREGUNTAS

Por C. W. Leadbeater

Pregunta.—Vuelve el anciano a encontrar la plena conciencia de su cuerpo astral mientras el sueño de su cuerpo físico?

Vuelve a encontrarla después de la muerte tan igual como si la muerte sobreviniera antes de la decrepitud física?

RESPUESTA.—Si vosotros lleváis un fardo pesado, una armadura, vuestros movimientos estarán dificultados; pero si os libertáis del peso, recuperaréis la agilidad de vuestros movimientos, tras un ligero reposo de la fatiga sufrida. El cuerpo físico es, así, como una armadura pesada, obstaculizante, aunque necesaria; cuando uno deja su cuerpo, vuelve a ser *uno mismo.*

La memoria humana disminuye con la edad, pero no por debilidad del *ego*, sino por agotamiento vital del cerebro. Cuando nos liberamos de éste, pensamos mejor que antes.

Recordad vuestras cuitas de colegio: teniáis un problema difícil de matemáticas, o una cuestión ardua que resolver, y habéis buscado en vano la solución; pero después del sueño de la noche, al despertar, habéis resuelto la cuestión. Es la prueba de que la inteligencia piensa mejor fuera del mecanismo cerebral. Cuando sois libertados del cerebro, sois también libertados de todas las insuficiencias.

Pregunta.—Si el cuerpo astral está sujeto a ciertas enfermedades, que le son propias, cuáles son aquellas que le alcanzan antes de influenciar el cuerpo físico?

RESPUESTA.—Yo no pienso que una enfermedad pueda herir al cuerpo astral y afectar, enseguida, al cuerpo físico; pero, sí, reconozco que una mala condición del cuerpo astral puede reaccionar sobre el cuerpo físico y hacerlo receptivo a la enfermedad.

La irritabilidad, por ejemplo, podemos, en rigor, considerarla como una enfermedad astral que termina fatalmente por una neurosis, y su depresión, consiguiente, en el cuerpo físico.

Es pues seguro que los estados del cuerpo astral reaccionan sobre el cuerpo físico; pero no sabría hablar de un *germen* de enfermedad en el cuerpo astral que se comunicara, luego, al cuerpo físico.

Os ruego que comprendáis que mis respuestas son dictadas por mi experiencia personal, por mi propia visión. Nosotros no tenemos un manual de ciencia astral al cual podemos referirnos; no tenemos una teoría universal. Nosotros decimos solamente lo que hemos visto.

Si desgraciadamente, podéis entrar en *cólera*, tendréis una experiencia personal que corroborará la teoría de la influencia del astral en lo físico. En el estado de cólera, tienen lugar cambios químicos en los fluídos del cuerpo humano, que se demuestran por una alteración del sentido del gusto. Y tales modificaciones son analizables.

M. Marcault, dice que es un hecho conocido que un animal sacrificado en el matadero, desarrolla, por el estado de angustia y de terror, toxinas que son nocivas para aquel que consume su carne. Dichas toxinas no se hallan en la sangre del animal muerto en estado de calma. Y esto es exacto.

Pregunta.—Cuál debe ser nuestro estado de espíritu cuando sentimos que la muerte se aproxima?

RESPUESTA.—La sóla manera de prepararse a la muerte, es una vida

bien pensada y bien vivida. Si sabéis que váis a morir esta tarde, no hay razón de cambiar vuestra manera de ser: si habéis vivido bien, ello basta. Los teósofos no deben tener temor a la muerte. La muerte no debe provocar ningún espanto para quien ha sabido prepararse viviendo una buena vida.

Pregunta.—Cuál debe ser nuestra actitud en presencia de una persona que va a morir?

RESPUESTA.—La mejor actitud, es la calma: pues el ser que va a morir es muy sensible a la influencia de vuestros sentimientos y pensamientos.

Si amáis al que va a partir, es natural que os abandonéis a vuestro dolor, pero sabed que haciendo esto, hacéis más difícil la partida.

Yo no quiero que me juzguéis insensible: es natural sufrir cuando se pierde un ser querido, pero debemos asumir una actitud impersonal; no tomar en cuenta la pérdida que para nosotros va a signifiar, sino la ganancia efectiva de aquel que deja este mundo. Si queréis, realmente, ayudarle, tenéis que hacer por él todo lo que debéis creer mejor.

Pregunta.—Por qué sucede que los dones de una encarnación no son utilizados en la vida siguiente, por ejemplo: el caso de un pintor que se vuelve músico en una nueva vida?

RESPUESTA.—En el ejemplo citado sólo vemos un desarrollo diferente de la facultad artística, la que es una para el músico como para el pintor. De otra parte, cuando se entra en una vida, no se pierden los resultados de la vida anterior. La habilidad de los diversos órganos del nuevo cuerpo, no puede ser la misma. *Lo que hace al artista, es*, más que las cualidades manuales, *la poesía, la potencia de la visión y de la emoción*, las cuales no se pierden por el hecho de pasar de una forma a otra de emoción estética.

Pregunta.—Por que esta contradicción entre el deseo expresado por el Instructor del Mundo sobre la existencia de la Iglesia Católica Liberal y de la Orden Masónica Mixta, como actividades necesarias, y el repudio a estas actividades por la manifestación del Instructor del Mundo a través de Krishnamurti?

RESPUESTA.—Sobre este punto he hablado en diversos artículos.

Lo que yo os pido, es que no os llevéis confusión a vuestro espíritu por tales cosas. Recordad que Krishnamurti es una manifestación del Instructor del *Mundo*, no del Instructor de una *fracción* del Mundo. El no viene para sólo vosotros ni sólo para mí. Si el se identificara con determinado credo o determinada expresión humana, sería rechazado por todos los otros credos o expresiones; no sería un Instructor universal.

Pregunta.—Qué pensáis de las afirmaciones diferentes, hechas por la Sra. Besant y por Krishnamurti?

RESPUESTA.—Es probable que las afirmaciones de una y otro contengan una parte de la verdad. Seríais más cuerdos si, en lugar de agitaros por diferencias, tratárais de comprender lo que las afirmaciones de ambos tienen de común.

Pregunta.—Hablemos de las diferencias que separan a la Presidenta y a Krishnamurti.

RESPUESTA. — Debéis comprender que la Sra. Besant y Krishnaji son los mejores amigos del mundo, apesar de que todos reconocen que las opiniones de ambos difieren sobre puntos importantes.

La Presidenta y yo amamos profundamente a Krishnamurti, y no aceptamos de nadie que se nos haga aparecer en contradicción con él.

COMO VINO A MI LA TEOSOFIA

Por C. W. Leadbeater

(Continúa)

Cuando llegamos a Alejandría encontré, con inmenso disgusto para mí, que a causa del rumor de cólera en Marsella las autoridades egipcias se proponían mantenernos en cuarentena durante cinco días. Podeis imaginar mi impaciencia y mi temor de que la demora pudiera ocasionarme perder a Madame Blavatsky del todo. No quisieron permitirnos que permaneciéramos en la ciudad, sino que nos llevaron a unas barracas en Ramleh, donde nos cobraron $ 10 al día por un alojamiento muy poco satisfactorio. Por supuesto que todos nosotros estábamos perfectamente bien y por completo persuadidos de que todo el asunto era una farsa, llevada a cabo simplemente con objeto de sacarnos dinero; y las amplias sonrisas de los funcionarios egipcios dejaban ver claramente que ellos sabían de qué se trataba.

En nuestro único punto de comunicación con el mundo exterior había un doble vallado muy sólido, cuyas partes componentes se encontraban separadas por unas cinco yardas. Una especie de ferrocarrilito de madera cruzaba de una de estas cercas a la otra, y una caja, con una cuerda atada a cada uno de sus extremos, era tirada hacia adelante o hacia atrás para repartir nuestras cartas o para introducirnos provisiones o cualquiera artículo que deseáramos comprar. Se había colocado en la caja una gran palangana con agua y se nos ordenó que en ella arrojásemos las monedas que servirían para pagar nuestras compras; en tanto que las cartas que mandábamos para el correo eran perforadas en dos o tres sitios y fumigadas rigurosamente. Los procedimientos eran más que ridículos y nosotros conservamos una actitud de ligera guasa con los que nos tenían a su cuidado, insistiendo en que, cuando hubiere de regresársenos algún cambio, se arrojara también al agua!

Por medio de una de las cartas mutiladas me comuniqué con el cónsul inglés y supe por él que madame Blavastsky y su comitiva habían llegado oportunamente, pero habían proseguido a Port Said, donde me aguardaban. Tan pronto como se nos libró de nuestro vil cautiverio, me dirigí al Hotel Abbat para tomar un verdadero baño y algún alimento decente, y después me ocupé de investigar acerca del modo de trasladarse a Port Said. No había ferrocarril en aquellos días y encontré que mi oportunidad más cercana era tomar de nuevo el vapor "Erymanthe", que había sido también detenido en cuarentena lo mismo que nosotros. Sin duda la hubiéramos pasado mejor si hubieran tenido el sentido común de dejarnos a bordo de él; pero como éramos pasajeros para Alejandría no quisieron hacerlo; además, en tal caso, el vapor habría percibido nuestros diez pesos diarios en lugar de ser éstos para el gobierno egipcio!

Zarpamos la misma noche y llegamos a Port Said a la mañana siguiente. El señor A. J. Cooper Oakley fué a recibirme, y, una vez en tierra, me llevó a un hotel donde encontré a Madame Blavatsky y a la Sra. Oakley sentadas en la terraza. Las últimas palabras de Madame Blavatsky para mí, en Londres, habían sido: "Ved la manera de que no faltéis a vuestro compromiso conmigo"; y ahora su saludo fué: "Bien, Leadbeater, veo

que realmente habéis venido a pesar de todas las dificultades". Yo respondí que por supuesto había venido y que cuando hacía yo una promesa me hacía también el propósito de cumplirla; a lo cual ella contestó solamente: "Bien para vos"! y después siguió su animada discusión--todas las discusiones en que Madame Blavatsky tomaba parte, eran invariablemmente animadas—, la que, evidentemente, había sido interrumpida con mi llegada. Aunque ella no dijo más que eso, se hallaba claramente complacida de que hubiera yo llegado, y parecía considerar mi presencia en su comitiva como una especie de carta en el juego que ella tenía entre manos pues regresaba a la India expresamente con el objeto de refutar las malévolas calumnias de los misioneros del *Christian College*, y parecía que consideraba que el llegar acompañada de un clérigo de la Iglesia Establecida, el cual había abandonado un buen puesto en la Iglesia para hacerse su entusiasta discípulo y seguidor, era algo como un argumento en favor de ella.

Creí yo que podíamos esperar tranquilamente hasta que llegara nuestro vapor. Pero si hubiera conocido a Madame Blavatsky tan bien como después la conocí, no me hubiera sentido tan confiado. Alquilé un cuarto, hice huir a muchos mosquitos de entre las cortinas del lecho, y pensaba con agrado en la sosegada noche que pasaría. Sin embargo, en cuanto hubo obscurecido, Mme. Blavatsky tuvo una de aquellas repentinas ráfagas de inspiración que tan frecuentemente le llegaban del lado invisible de las cosas; y que atribuía a uno u otro de quienes denominaba ella "Los Hermanos" término bajo el cual incluía no solamente algunos de los Maestros, sino también a cierto número de sus discípulos. En esta ocasión la sugestión recibida trastornó por completo todos nuestros planes, puesto que se le dijo que, en lugar de estar esperando quietamente la llegada del vapor, como lo estábamos haciendo, saliéramos inmediatamente para el Cairo en donde obtendríamos alguna información que sería de suma utilidad para ella con motivo del asunto de sus traidores sirvientes los Coulomb.

En aquellos tiempos no había ferrocarril directo desde Port Said, y la única manera de arribar al Cairo era navegando por el Canal de Suez hasta Ismailía, de donde podríamos proseguir por ferrocarril hasta la capital. La travesía canal abajo se efectuó en un pequeño bote de vapor, algo así como un remolcador, que había sido dignificado con el nombre de "Lancha Correo de Khedive". Todas las noches, a media noche, salía de Port Said llegando a Ismailía por la madrugada. A despecho de su retumbante nombre, tal artefacto era, tal vez, el más sucio e incómodo que en mi vida he encontrado; pero, por supuesto, tratamos de lograr el mejor partido de él. Había en la proa una bodeguita de diez pies cuadrados que la llamaban "el camarote general" y tras ella se abría una especie de armario que le decían "la sala de las señoras" y que no tenía ventana alguna; de tal suerte que, cuando cerraban la puerta, quedaba el interior en perfecta oscuridad. Este fué destinado para Madame Blavatsky.

Mr. Oakley, quien se hallaba muy fatigado y, según creo, algo contrariado por el repentino cambio en nuestros planes, se arrellanó como pudo en un duro asiento de madera a un lado del camarote general; en tanto que la señora Oakley y yo, llenos del mayor miramiento hacia el ejército de enormes cucarachas que se hallaba ya en posesión de ambos camarotes, resolvimos pasar la noche paseando de un lado a otro sobre cubierta, en las pocas yardas disponibles, que nos permitían dar apenas

unos seis pasos en una u otra dirección, como límite de nuestro paseo. A veces nos deteníamos para echar una mirada al señor Oakley, quien dormía apaciblemente, si bien cubierto por las repugnantes criaturas que ya mencioné, y por otras. La señora Oakley, una persona que a todo hacía el asco en la vida ordinaria, se sentía algo deprimida, tal vez con justa razón; y así trataba yo de confortarla con la poética descripción de la gloria y la belleza que esperaba encontraríamos en la India.

De esta manera pasaron algunas horas hasta que tal monotonía fué súbitamente rota por los lastimeros gritos que dió Madame Blavatsky en su armario. Inmediatamente acudió la señora Oakley, acometiendo la plaga de insectos a pesar de su momentánea repulsión; pero encontró a Madame Blavatsky muy enferma y con grande inquietud, demandando comodidades que en aquel escuálido y pequeño remolcador sencillamente no podían existir. Por fortuna llegamos pronto a la próxima parada, la aldea de El Kántara, lugar por el cual la ruta de los peregrinos del Cairo a Jerusalem cruza el canal; y pudimos hacer consentir al capitán de nuestro fúnebre navichuelo que nos esperase por unos minutos. No había, por supuesto algo que se asemejara a un pasamanos; ni siquiera un muelle; pero nos prestaron un tablón ordinario, como de un pie de anchura, y el Sr. Oakley y yo tuvimos que desembocar en él a nuestra infortunada "leader". (Por aquellos tiempos Madame Blavatsky pesaba 113 kilos; recuerdo ese dato porque yo mismo la pesé en la báscula del carnicero, pocos días después, a bordo del vapor "Navarino").

Bien podéis imaginaros lo arduo de aquella labor. El lenguaje de la señora Blavatsky en tal ocasión era conspícuo por su aspereza más bien que por su suavidad. Pero, de una u otra manera, la empresa se llevó a cabo; la transportamos a tierra con seguridad y volvimos a llevarla a bordo un poco más tarde,—lo cual fué una tarea mucho más pesada a causa de la pronunciada inclinación que hubo que darle al tablón. Por fin quedó instalada de nuevo en su cueva y la heróica señora Oakley se sentó a su lado hasta que aquélla se durmió. Creo que Mr. Oakley se fué a dormir también; pero su esposa, tan pronto como dejó domida a Mme. Blavatsky, vino a pasear otra vez en mi compañía sobre cubierta hasta que, en el dorado tenue del amanecer egipcio, atracamos al muelle de Ismailía.

Teníamos un intervalo de varias horas antes de que saliera nuestro tren, por lo cual nos pareció razonable ir a un hotel a tomar el desayuno. Había por aquel tiempo dos hoteles en la ciudad, y sus respectivos agentes nos asediaron con vehemencia en el muelle para conseguir la clientela. Mr. Oakley, quien actuaba en nuestra partida como hombre de negocios, llegó a un arreglo favorable con uno de aquellos. Mme. Blavatsky, si bien parecía pálida aún, pudo saltar a tierra y paseaba lentamente a lo largo del muelle, pero no se hallaba muy ansiosa de compañía, por el contrario, la rechazaba. Vimos que cambió unas pocas palabras con uno o dos oficiales y con los agentes de ambos hoteles; y poco después se acercó a un desvencijado carruaje y cuando quisimos partir en él para el hotel, los dos agentes entablaron una salvaje lucha por la guarda de nuestro equipaje.

Al llamar al jefe de estación para que los aplacara se averiguó que, mientras el señor Oakley se había arreglado con uno de aquellos individuos, Madame Blavatsky había solicitado los servicios del otro; y, por supuesto, como ella habló en árabe, no tuvimos conocimiento de su proceder sino hasta llegado el momento de partir. Naturalmente hubo que ir

al hotel que ella eligió y tuvimos que contentar al otro infortunado lo mejor que pudimos. Para dar fin a la querella hubo que gratificar a ambos individuos y así pudimos partir en paz a tomar el desayuno. La pobre señora Blavatsky sufría aún hasta cierto punto y no se hallaba del mejor de los humores; pero con mucha indignación rechazó la tímida sugestión que hicimos para permanecer un día en Ismailía a fin de que ella recobrase sus fuerzas. Por tanto, a la hora debida, tomábamos todos nuestros asientos en el tren.

A medida que el viaje proseguía, la señora Blavatsky recobraba paulatinamente sus energías y surgió una leve conversación teñida claramente por las infiuencias de la noche anterior, pues nuestra líder nos favoreció con los más lúgubres presagios acerca de nuestro destino futuro.

"Ah, (decía ella), vosotros europeos creéis que váis a entrar en el sendero del ocultismo y a pasar triunfalmente por todas sus pruebas; póco sabéis de lo que os espera; no habéis contado con los naufragios a lo largo de la ruta como yo lo he hecho. Los hindúes saben a qué atenerse, puesto que han pasado ya por pruebas y experiencias tales como vosotros ni las habréis soñado jamás; pero vosotros, pobres y débiles cosas, ¿qué váis a hacer?".

Y así continuó sus aterradoras profecías, con una monotonía capaz de volvernos locos; pero los de su auditorio nos hallábamos demasiado llenos de reverencia para tratar de cambiar el tema. Nos habíamos instalado en los cuatro ángulos del compartimento; Madame Blavatsky mirando hacia la locomotora, Oakley sentado en su espina dorsal frente por frente de nuestra líder y con la resignada expresión de un mártir de los primeros tiempos del Cristianismo; en tanto que la senora Oakley, llorando desconsoladamente y con el horror pintado en el semblante, se hallaba frente a mí. Por mi parte sentía algo como si hubiera que abrir un paraguas para resistir un fuerte aguacero. Sin embargo, reflexionaba en que, después de todo, un gran número de hombres habían podido entrar en aquel sendero y habían llegado hasta la meta, y me parecía que, aunque no pudiera yo alcanzarla en esta vida, por lo menos podría echar unos buenos cimientos para la obra de mi próxima encarnación. "*Che sarà sarà*".

En aquellos prehistóricos días, los trenes generalmente eran alumbrados mediante lámparas de aceite que despedían mucho humo. Había en el centro del techo de cada apartamento un gran agujero redondo en el cual los garroteros colocaban tales lámparas a medida qun recorrían los coches por sobre el techo. Como viajábamos en un tren diurno, no había lámpara, y se podía ver el firmamento azul a través del agujero. Sucedió que Mr. Oakley y yo, ambos recargados en nuestros respectivos rincones, mirásemos la repetición del fenómeno que describí previamente como ocurrido en Inglaterra; vimos una especie de bola de blanquecina niebla formarse en aquel agujero y condensarse, un momento después, en un pedazo de papel doblado que cayó al piso de nuestro compartimento. Yo me incliné hacía él, lo recogí y lo entregué inmediatamente a Mme. Blavatsky, suponiendo que una comunicación de tal naturaleza vendría destinada para ella. Lo desdobló al punto, lo leyó, y pude observar que sobre su faz aparecía un rubor.

"Um" dijo, "he ahí lo que me gano por tratar de precaveros de las molestias que os esperan". Y arrojó el papel hacia mí.

¿Puedo leerlo?, pregunté, obteniendo por toda respuesta: ¿Para qué cree usted que se lo he dado?

Lo leí encontrando ser una nota del Maestro Kuthumi, en la cual sugería,

de una manera gentil pero muy decidida, que tal vez sería una lástima, cuando ella traía consigo algunos ardientes y entusiastas candidatos, presentarles tan tétrica perspectiva de un sendero que, por más difícil que pudiera ser, debería conducirlos, algún día, a un júbilo inefable. Y concluía el mensaje con unas cuantas palabras de bondadosos cumplimientos dirigidos a cada uno de nosotros personalmente. Siento no estar enteramente seguro de las frases exactas de aquel mensaje, si bien estoy seguro de haber reproducido correctamente su tenor general. La pequeña frase dirigida a mi personalmente era la siguiente: "Decid a Leadbeater que estoy satisfecho de su celo y devoción".

Apenas necesito decir que todos nos sentimos muy confortados, elevados y llenos de gratitud; pero, si bien no era posible que una reprensión viniera en palabras más corteses, lo cierto es que Mme. Blavatsky no lo estimaba así. Antes de que empezara nuestra conversación, ella había estado leyendo y cortando las páginas de cierto libro que deseaba revistar para el "Theosophist"; y aun se hallaba sentada con el libro abierto sobre sus rodillas y la desplegadora en su mano. Al reasumir su lectura quitaba con esa cortadora, de las páginas del libro, el polvo del desierto que literalmente la invadía por la ventanilla abierta. Cuando entró una racha de polvareda especialmente densa, la señora Oakley se adelantó intentando cerrar la ventanilla, pero Mme. Blavatsky, mirándola siniestramente, le dijo con burlón desdén: "A usted no le importa un poco de polvo, ¿no es así?" La señora Oakley se replegó hasta su rincón, como un caracol dentro de su concha; y nuestra líder no volvió a pronunciar otra palabra hasta que descendimos en la estación de el Cairo. Ciertamente que la polvareda era insoportable, pero tras semejantes palabras, pensamos que lo mejor era sufrirla en silencio. Recuerdo que la pobre Sra. Oakley traía uno de aquellos curiosos adornos que las señoras llaman "boa de plumas"; y antes de que llegáramos al Cairo, todo aquel atavío era una sólida cuerda de arena en la cual no se distinguían las plumas.

V

Ya en el Cairo, tomamos un coche y fuimos, naturalmente, al Hotel Shepheard que es el paradero habitual de los ingleses. Se diría que unas treinta o cuarenta personas tuvieron la misma idea, pues encontramos el gran hall de la entrada repleto de pasajeros y todo en confusión. Nuestro equipaje, una gran cantidad de maletas y baúles, había sido apilado en el centro del salón, y Mme. Blavatsky se sentó sobre él, en tanto que el Sr. Oakley trataba de habrirse paso entre la muchedumbre hasta el despacho del administrador a fin de apartar cuartos para nosotros. Apenas lo había conseguido y regresaba, luchando aun entre la turba, cuando ella saltó de su asiento y llena de excitación lo llamó para decirle que de ninguna manera nos alojaríamos en el Hotel Shepheard sino que deberíamos ir al Hotel de Oriente, que había estado al cuidado de los Coulomb durante su permanencia en Egipto. La idea se sugirió con el fin de que pudiéramos adquirir en aquella casa mucha información que sería de utilidad para la señora Blavatsky cuando posteriormente tuviese que habérselas con ellos.

(Continuará)

INCIDENTES DE LA VIDA DEL CONDE DE SAINT-GERMAIN

(Continúa)

—Es mi enemigo; además le coloco entre aquellos que contribuirán a la ruina del reino, no por dolo, sino por incapacidad.

—Sois un juez severo para el hombre que tiene la aprobación de la mayor parte.

—Es más que primer ministro, señora, y por esta causa está seguro de tener aduladores.

—Si le dais de lado en vuestras relaciones con el rey, me temo que va a ser difícil que veáis a S. M., el cual no puede obrar sin su principal consejero.

—Me hallo a las órdenes de SS. MM. siempre que quieran usar de mí; pero como no soy su súbdito, toda obediencia de mi parte es un acto gratuito.

—Caballero—dijo la reina, la cual en esta época no podía tratar nada mucho tiempo seriamente:—¿en dónde habéis nacido?

—En Jerusalén, señora.

—La reina me permitirá tener una debilidad común a muchas personas. No me gusta nunca decir mi edad, esto trae mala suerte.

—Pues en cuanto a mí, el almanaque real no me permite hacerme ilusiones respecto de la mía. Adiós, caballero, la resolución del rey os será comunicada.

Esto era una despedida; nos retiramos, y al volver a casa conmigo, me dijo el conde de Saint Germain:

—Yo también voy a dejaros, señora y por largo tiempo; pues me propongo no permanecer en Francia más de cuatro días.

—¿Qué os hace partir tan pronto?

—La reina repetirá al rey lo que he dicho; Luis XVI lo repetirá a su vez a M. de Maurepas; este Ministro dará orden de prenderme, y el jefe de policía se dispondrá a ejecutarla. Sé cómo se hacen estas cosas y no tengo deseos de ir a la Bastilla.

—¿Y qué os importa? ¡Saldríais por el agujero de la llave!

—Prefiero no recurrir a los milagros. Adiós, señora.

—¿Pero si el rey os llamase?

Volveré.

—¿Y cómo lo sabréis?

—Tengo medios para ello; no os preocupéis por eso.

—Mientras tanto, yo me veré comprometida.

—No tal; adiós.

Partió tan pronto se hubo quitado mi librea. Me quedé muy disgustada. Yo había dicho a la reina que a fin de ejecutar mejor sus deseos, no abandonaría el Chateau....Dos horas después madame de Misery vino a buscarme de parte de S. M. No auguré nada bueno de tanta diligencia. Encontré al rey con María Antonieta. Esta parecía confusa; Luis XVI, en cambio, se adelantó a mi encuentro de un modo franco, y me tomó la mano, que besó con infinita gracia, pues tenía maneras encantadoras siempre que quería.

—Madame d'Adhemar—me dijo: —¿qué habéis hecho de vuestro hechicero?

—¿El conde de Saint Germain, Sire? Ha marchado a París.

—Ha alarmado seriamente a la reina. ¿Había hablado antes con vos de lo mismo?

—No con tantos detalles.

—No os tengo por ello mala vo-

luntad, ni tampoco la reina, pues vuestras intenciones son buenas; pero censuro a ese extranjero por atreverse a predecirnos tantas desgracias como no ocurrirán en un siglo en los cuatro extremos del mundo. Sobre todo, no tiene razón en ocultarse del conde de Maurepas, que sabe dejar a un lado sus enemistades personales, si fuere necesario para los intereses de la monarquía. Hablaré con él del asunto, y si me aconseja que oiga a Saint Germain, no me negaré a ello. Se le atribuye inteligencia y habilidad; a mi abuelo le gustaba su compañía; pero antes de concederle una conferencia, deseo tranquilizaros acerca de las consecuencias posibles de la nueva aparición de este personaje misterioso. Suceda lo que quiera, estaréis libre de toda responsabilidad.

Mis ojos se llenaron de lágrimas ante esta prueba manifiesta de la bondad de SS. MM.; pues la reina me habló tan afectuosamente como el rey. Volví a mi casa más tranquila, pero irritada, sin embargo, por el giro que había tomado este asunto, e interiormente me congratulaba de que el conde de Saint Germain lo hubiese previsto todo.

Dos horas después me encontraba aún en mi habitación, cuando llamaron a la puerta de mi modesta morada. Sentí una conmoción poco usual, y casi inmediatamente se abrió la puerta de par en par, anunciaron a monseñor el conde de Maurepas. Me levanté a recibirle con más diligencia, si cabe, que si hubiese sido el rey de Francia. Adelantóse con rostro sonriente.

—Perdonadme, señora—dijo—por lo poco ceremonioso de mi visita; pero tengo que haceros algunas preguntas, y la buena educación exigía que viniese a veros.

Los cortesanos de la época usaban de una cortesía exquisita con las mujeres, lo cual no se ha vuelto a ver en su pureza después de la tempestad que echó todo por tierra. Contesté a M. de Maurepas como era el caso hacerlo, y terminados estos preliminares:

—Bien—me dijo—nuestro antiguo amigo el conde de Saint Germain está de vuelta... Ha comenzado de nuevo sus antiguas tretas y sus charlatanerías.

Quise explicarle, pero interrumpiéndome con un gesto de ruego, añadió:

—Creedme; conozco a ese pícaro mejor que vos, señora. Una sola cosa me sorprende, los años no me han perdonado a mí, y la reina declara que el conde de Saint Germain tenía el aspecto de un hombre de cuarenta años. Como quiera que esto sea, tenemos que saber de donde ha sacado esos informes tan circunstanciados, tan alarmantes.... Apostaría a que no os dió dirección.

—No, señor conde.

—Ya se descubrirá; los sabuesos de nuestra policía tienen un olfato sutil. Por otra parte, el rey, os agradece vuestro celo. Nada de malo sucederá a Saint Germain, sino el ser encerrado en la Bastilla, en donde tendrá buen alimento y estará bien caliente, hasta que se decida a declararnos en donde ha sabido tantas cosas curiosas.

En este momento nos llamó la atención el ruido que la puerta de mi cuarto hizo al abrirse.... ¡Era el conde de Saint Germain que entraba! Se me escapó un grito; M. de Maurepas, se levantó precipitadamente, con el semblante algo demudado; y el taumaturgo, aproximándose a él, dijo:

—Señor conde de Maurepas, el rey os llamó para que le dierais buenos consejos, y vos no pensáis más que en mantener vuestra autoridad. Oponiéndoos a que yo vea al Monarca estáis perdiendo la Monarquía, pues sólo tengo un tiempo limitado

que destinar a Francia, terminado el cual, no se me volverá a ver aquí, sino después que hayan desaparecido tres generaciones consecutivas. Dije a la reina todo lo que me era permitido decirle; mis revelaciones al rey hubieran sido más completas; es una desgracia que os hayáis interpuesto entre S. M. y yo. No tendré nada de que reprocharme cuando una horrible anarquía devaste a Francia. Tales calamidades no las veréis vos, pero el haberlas preparado, será bastante para vuestra memoria.... No esperéis homenaje alguno de la posteridad; ¡ministro frívolo e incapaz, seréis sacrificado entre los causantes de la ruina de los imperios!

Esto dicho sin tomar aliento, se dirigió a la puerta por donde había entrado, y desapareció, cerrándola tras sí.

....

Todos los esfuerzos que se hicieron para encontrar al conde, fueron inútiles.

Los incidentes más interesantes de cuantos se encuentran en el diario de Madame d'Adhémar, son los que demuestran cómo M. de Saint Germain trató de avisar a la familia Real los peligros que la rodeaban. Era evidente que había velado por la desgraciada y joven reina desde la época de su entrada en Francia. El era el "consejero misterioso", que con mucha frecuencia se ve mencionado.

El era quien trató de hacer comprender al rey y a la reina que M. de Maurepas y sus otros consejeros estaban haciendo naufragar su trono. Amigo de los reyes, fué, sin embargo, uno de los más acusados por el abate Barruel, de dirigir la revolución. "El tiempo lo prueba todo", y el tiempo ha hecho que el acusador haya caído en un olvido merecido, mientras que el acusado resulta el verdadero amigo y verdadero profeta. Dejemos que la voz de la difunta condesa presente su propio testimonio.

"El porvenir se obscurecía; nos aproximábamos a la terrible catástrofe que debía anonadar a Francia. El abismo se encontraba a nuestros pies; sin embargo, volviendo la cabeza y fatalmente ciegos, nos lanzábamos de fiesta en fiesta, de placer en placer. Era una especie de locura que nos empujaba alegremente hacia nuestra destrucción. ¡Ay! ¿Cómo puede dominarse una tempestad cuando no se la ve?

"Mientras tanto, de vez en cuando, algunas mentes atormentadas u observadoras, trataban de sacarnos de esta fatal seguridad. Ya he referido que el conde de Saint Germain había tratado de abrir los ojos de sus Majestades, haciéndoles ver la proximidad del peligro; pero M. de Maurepas, que no quería que la salvación del país viniese de otro que de él, inutilizó los esfuerzos del taumaturgo, y éste no volvió a mostrarse". (IV, págs. 1 y sig.)

La fecha en que tenían lugar estos sucesos era 1788; el hundimiento final, sin embargo, no llegó a su punto culminante hasta 1793. Madame d'Adhémar en sus memorias, pasa revista a los sucesos, pero no siempre pone la fecha exacta. Los ataques contra el rey y el trono aumentaban en violencia y saña de año en año, debido a la fatal ceguera a que alude la escritora. La frivolidad de la corte aumentaba paso a paso con el odio de sus enemigos. La desgraciada reina, verdaderamente, se esforzaba en comprender el estado de las cosas: pero en vano. Madame d'Adhémar da algunos de los detalles, del modo siguiente: .

"No puedo menos de copiar aquí, a fin de dar una idea de estos tristes debates (de la Asamblea Nacional) una carta escrita por M. de Sallier, consejero parlamentario de las Chambres de Requetes y dirigida a uno de

sus amigos, miembros del parlamento de Tolosa. . . Este relato se extendió y fué leído con avidez, circulando muchas copias en París. Antes que el original llegara a Tolosa, se habló de él en los salones de la duquesa de Polignac".

La reina, volviéndose hacia mí, me preguntó si lo había leído, y me pidió que se lo consiguiese, cosa que me colocó en una situación embarazosa; yo deseaba obedecer a su Majestad, y al mismo tiempo temía disgustar al primer Ministro; no obstante, prevaleció mi cariño por la reina".

"María Antonieta leyó el artículo en mi presencia, y luego con suspiro: "¡Ah! madame d'Adhémar—dijo—¡Cuán penosos me son todos estos ataques a la autoridad del rey! Marchamos por un camino peligroso; principio a creer que vuestro conde de Saint Germain tenía razón. Cometimos un error al no querer escucharle; pero M. de Maurepas nos imponía una dictadura hábil y despótica. ¿Adónde vamos?

"...La reina me mandó llamar y yo me apresuré a obedecer su sagrada orden. Tenía una carta en sus manos. Madame d'Adhémar—me dijo—he aquí otra misiva de mi desconocido. ¿No habéis oido hablar de nuevo del conde de Saint Germain?

—No—repliqué;—no lo he visto, y ninguna noticia tengo de él.

—De esta vez—añadió la reina—el oráculo ha usado el lenguaje que le es propio, la epístola en verso; puede que sea malo, pero no tiene nada de alegre. La leeréis a vuestro gusto, pues he prometido una audiencia al abate de Balliviéres. Deseo que mis amigos vivan en armonía.

—Especialmente—me atreví a añadir—cuando sus enemigos triunfan con sus querellas.

—El desconocido dice lo mismo que vos; pero, ¿quién tiene razón y quién no la tiene?

—La reina puede contestar a ambas partes, por medio de los primeros episcopados vacantes.

—Os equivocáis; el rey no dará la mitra episcopal ni al abate D'Frse ni al abate de Balliviéres. Los protectores de estos señores y nuestro abate creerán que la mala voluntad es mía; vos podéis, toda vez que os comparan los héroes de Ariosto (el discurso de la baronesa de Stael había llegado a la reina) hacer el papel de mediadora del buen rey Sobria; he aquí a la condesa Diana: hacedla entrar en razón.

—Trataré de hacerlo—dije yo—esforzándome en reir, a fin de disipar la melancolía de la reina.

—Diana es una niña mimada—replicó su Majestad; sin embargo, ama a sus amigos.

—Si, señora; hasta el punto de mostrarse implacable con los enemigos de aquéllos; obedeceré a la reina".

"Vinieron a avisar a María Antonieta que el abate de Balliviéres había llegado, según su orden. Pasé a la cámara pequeña, y habiendo pedido a madame Campan una pluma, papel y tintero, copié el siguiente pasaje, entonces obscuro, pero que después se hizo demasiado claro:

"El tiempo se aproxima veloz en que la imprudente Francia,
Envuelta por la desgracia que pudo haberse evitado,
Evocará un infierno semejante al descrito por Dante.
Este día ¡oh Reina! está próximo, ya la duda no cabe,
Una hidra vil y cobarde, con sus cuernos enormes,
Destruirá el altar, el trono y a Temis;
En lugar del sentido común, una locura increíble
Reinará, y todo será permitido a los perversos.
¡Sí! Veremos caer el cetro, el incensario y la balanza,

Las torres y escudos, hasta la bandera blanca;
En adelante todo será fraude, asesinato y violencia,
Lo que veremos en lugar del dulce reposo.
Grandes ríos de sangre corren en cada ciudad;
¡Sólo oigo sollozos y veo condenados!
En todas partes ruge ruidosamente la civil discordia,
Y en todas partes huye la virtud dando gritos,
Así como de la asamblea surgen votos de muertes.
¡Gran Dios! ¿Quién puede contestar a jueces asesinos?
¡Y sobre qué cabeza augusta veo descender la espada!
¡Qué monstruos tratados como los iguales de los héroes!
Opresores, oprimidos, vencedores, vencidos. . .
La tempestad os alcanza a todos por turno, en este común naufragio,
¡Qué de crímenes, qué de males, qué espantoso delito
Amenazan a los súbditos, lo mismo que a los potentados!
Más de un corazón descarriado se humilla y arrepiente.
Por último, cerrado el abismo y nacido de una negra tumba
Surge un joven lirio, más feliz y más hermoso".

"Estos versos proféticos escritos por una pluma que ya conocíamos, me asombraron. Atormenté mi cerebro para adivinar su significado; pues ¿Cómo suponer, por ejemplo, que eran la reina y el rey los que morirían de muerte violenta, como resultado de una sentencia inicua? No podíamos en 1788 tener semejante clarividencia; era una imposibilidad".

"Cuando volví al lado de la reina y ninguna persona indiscreta podía oirnos, me dijo:

—¿Qué habéis sacado en limpio de esos versos amenazadores?

—¡Son terribles! pero no pueden afectar a vuestra Majestad. La gente dice cosas increibles, locuras; sin embargo, si estas palabras proféticas resultan verdad, se referirán a vuestra prosperidad.

—Quiera Dios que digáis verdad, Madame d'Adhémar—replicó la reina—no obstante, estas experiencias son bien extrañas. ¿Quién es este personaje que se ha interesado por mí durante tantos años, sin darse a conocer, sin buscar una recompensa, y que, sin embargo, me ha dicho siempre la verdad? Ahora me avisa la destrucción de todo cuanto existe, y sin dar un vislumbre de esperanza, está tan lejana que no podré alcanzarla".

Me esforcé en consolar a la reina; sobre todo—le dije—debía hacer que sus amigos viviesen en armonía entre sí y no dejasen ver a los de afuera sus querellas privadas. María Antonieta me contestó con estas palabras memorables.

—Os figuráis que tengo algún crédito o poder en nuestro salón. Os equivocáis; yo tuve la desgracia de creer que a una reina le era permitido tener amigos. La consecuencia es que todos tratan de gobernarme o de usar de mí para su propio interés personal. Soy el centro de una multitud de intrigas que con dificultad puedo evitar. Todos se quejan de mi ingratitud. Este no es el papel de una reina de Francia. Hay un verso muy bueno que me aplico cambiando su expresión: "Los reyes están condenados a vivir en el tedio de una soledad completa".

Teniendo esto en cuenta obraría yo si tuviese que empezar de nuevo mi carrera (IV págs. 61-63).

Madame d'Adhémar no da ninguna fecha fija en su diario, y principalmente por los episodios históricos que condujeron al hundimiento final,

es por donde podemos señalar el paso del tiempo. Dejando a un lado los sucesos generales, muy interesantes en sí, pero que no se refieren al conde de Saint Germain, llegamos a la proscripción decretada contra los realistas en 1789, y de nuevo la desgraciada reina recibió un aviso de su desconocido consejero, cuyos consejos ¡ay! caían en oídos demasiado débiles para comprenderlos. Habiendo sabido las medidas que se tomaban en contra de los Polignac, María Antonieta mandó aviso a la duquesa acerca de su próxima caída. Madame d'Adhémar refiere gráficamente el suceso como sigue:

"Me levanté, y mostrando el dolor que causaba esta comisión, marché a casa de madame de Polignac. Hubiera deseado encontrarla sola. Encontré allí al duque, su marido, a su cuñada, al conde de Vaudreuil y al abate de Balliviéres. Al observar mi solemne mirada, cuando entré, mis ojos hinchados, aún húmedos de lágrimas que se habían mezclado con las de la reina, sintieron que había venido por alguna causa triste; la duquesa me tendió la mano, ¿qué tenéis que decirme? —dijo; —estoy preparada para todas las desgracias.

—No—dije yo—para la que va a estallar sobre vosotros. ¡Ay! mi dulce amiga, sufridla con resignación y valor!

Estas palabras murieron en mis labios, y la condesa, oyéndolas, me dijo:

—Estáis causando a mi hermana mil tormentos con vuestra reticencia. Y bien, señora, ¿qué sucede?

—La reina—dije—a fin de evitar la proscripción que os amenaza a vos y a los vuestros, desea que os vayáis por algunos meses a Viena.

—La reina me echa, y vos venis a decírmelo—exclamó la duquesa levantándose.

—Amiga injusta--contesté—dejadme que os refiera todo lo que tengo que decir".

"Entonces le repetí palabra por palabra lo que María Antonieta me había encargado que le dijese".

(Continuará)

LA VOZ DEL ESPIRITU

Yo siento en mí toda una vida nueva, toda una vida futura; soy como el bosque que se ha cortado varias veces: los jóvenes retoños son cada vez más fuertes y vivaces. Subo, subo, subo hacia el infinito. Todo irradia sobre mi frente; la tierra me da su savia generosa, mas el cielo me ilumina con reflejos de mundos entrevistos. Decís que el alma no es sino la expresión de las fuerzas corporales: ¿por qué entonces mi alma es más luminosa cuando las fuerzas corporales van a abandonarme muy pronto? El invierno agobia mi cabeza; la primavera eterna está en mi alma; ¡respiro a esta hora el aroma de las lilas, las violetas y las rosas como a los veinte años! Cuanto más me acerco al fin, más oigo en derredor mío las inmortales armonías de los mundos que me llaman. Es maravilloso y sencillo... Hace ya medio siglo que escribo mi pensamiento en prosa y verso; historia, filosofía, drama, novela, leyenda, sátira, oda, canción, todo lo he probado; pero siento que no he dicho la milésima parte de lo que hay en mí. Cuando descanse en mi tumba podré decir como tantos otros: no he acabado mi vida... mi jornada continuará al siguiente día. La tumba no es un impasse, es una avenida; se cierra en el crepúsculo, se abre en la aurora.

VÍCTOR HUGO

LOGIAS DE LA SOCIEDAD TEOSOFICA CENTROAMERICANA
(Centroamérica y Colombia)

Secretario General: MARIANO L. CORONADO.

Apartado 568 —:— San Jose, Costa Rica C. A.

Cable: "TEOSOFIA"

LOGIAS

"ALBA LUZ"	Carlos J. Carreño. Bucaramanga, Colombia.
"ALETHEIA"	Gral. Max. H. Martínez. San Salvador, El Salvador.
"ARCO IRIS"	Guillermo Vengoechea. Apartado 539. Bogotá, Colombia.
"DARLU"	Doctor Francisco G. Miranda. Granada, Nicaragua.
"DHARANA"	Marco Aurelio Zumbado. San José, Costa Rica.
"EUCARAS"	Doctor Juan G. Aburto. 2ª Calle Sur Nº 4. Managua, Nicaragua.
"GNOSIS"	Honorio Silva. Apartado 60. Guatemala, República Guatemala.
"JINARAJADASA"	Doctor José T. Olivares. 1ª Calle Noroeste Nº 932. Managua, Nicaragua.
"KOOT - HOOMI"	Inés v. de Fopp. Apartado 60. Guatemala, República Guatemala.
"LUZ DEL VALLE"	Nazario Lalinde. Cali, Colombia.
"MAITREYA"	José Espinoza. Rivas, Nicaragua.
"PRATIBHA"	Isidro de J. Olivares. Apartado Nº 9. Managua, Nicaragua.
"SIRIO"	Dídima Sánchez. Alajuela, Costa Rica.
"SUBIRANA"	Doctor Salvador Moncada. Tegucigalpa. Honduras.
"TEOTL"	Mariano Castro González. San Salvador, República El Salvador.
"VIRYA"	Hermógenes Rodríguez. San José, Costa Rica.
"VOTAN"	Doctor Juan F. Orozco. San Salvador, República El Salvador.

PERMANENTE

La publicación de esta revista es sostenida por un grupo pequeño de teosofistas y su distribución es gratuita.

Cualquiera ayuda que Ud. desee dar para "Virya" será alegremente recibida. Envíela a:

Editor de la Revista "Virya",

Apartado 568, San José, Costa Rica.

LA SOCIEDAD TEOSOFICA

La Sociedad Teosófica fue fundada en Nueva York, el 17 de Noviembre de 1875, por la señora H. P. Blavastky y por el Coronel H. S. Olcott. Su existencia legal fué concedida el 3 de Abril de 1905 en Adyar—Madras—(India), ciudad en la cual tiene su Sede General y donde reside su actual Presidente, señora Annie Besant.

Esta Sociedad es una agrupación de personas que aspiran a investigar la Verdad y a servir a la humanidad; su objeto es contrarrestar el materialismo y hacer vivir las tendencias religiosas.

Los fines que persigue son los siguientes:

1º—Formar un núcleo de Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2º—Fomentar el estudio comparativo de las religiones, filosofías y ciencias.

3º—Estudiar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y las fuerzas latentes en el hombre.

La Sociedad Teosófica está compuesta por estudiantes que pertenecen a cualquier religión del mundo, o a ninguna de ellas. Están unidos por la aceptación de los principios más arriba expuestos; y por el deseo de eliminar antagonismos religiosos y de agrupar a los hombres de buena voluntad para estudiar las verdades religiosas, compartiendo con los demás los conocimientos adquiridos.

El lazo que los une no es una creencia, sino la investigación, la aspiración a la Verdad. Están convencidos de que la Verdad debe ser buscada por medio del estudio, por la meditación, por la pureza de vida, por la devoción hacia altos ideales y consideran que la Verdad es un premio cuya obtención merece cualquier sacrificio y no un dogma que debe imponerse por la fuerza.

Ellos consideran que la creencia debe ser el resultado del estudio individual o de la intuición y no de presiones externas; que debe basarse sobre el conocimiento y no sobre afirmaciones. Procuran tener amplia tolerancia para todos, aún para el intolerante, y al practicarlo no creen hacer una concesión, sólo saben que cumplen con su deber. Tratan de concluir con la ignorancia, pero no la castigan.

Consideran cada religión como una expresión de la Divina Sabiduría y prefieren estudiarlas a condenarlas. Su palabra de orden es Paz y la Verdad su aspiración.

La *Teosofia* es el conjunto de verdades que forma la base de todas las religiones y que ninguna de ellas puede reclamar como de su exclusiva pertenencia.

Ofrece la filosofía que hace comprensible la vida, y demuestra la justicia y el amor que guía su evolución. Da a la muerte su verdadera importancia, demostrándonos que no es más que un incidente en una vida infinita, que nos abre las puertas de una existencia más radiante y completa.

Restaura en el mundo la Ciencia del Espíritu, enseñándole al hombre a reconocer al Espíritu dentro de sí mismo, y a considerar su cuerpo y su mente como servidores del Espíritu.

Esclarece las Escrituras y doctrinas de las religiones, explicando su significado oculto, y las hace así aceptables a la inteligencia.

Los miembros de la Sociedad Teosófica estudian estas verdades y como teósofos tratan de vivirlas. Cada persona que desee estudiar, que quiera ser tolerante, que aspire hacia lo Alto, que desee trabajar con perseverencia, es bien recibida como socio, siendo de su exclusivo empeño el transformarse o no en un verdadero teósofo.

LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Habiéndose esparcido la Sociedad Teosófica por todos los ámbitos del mundo civilizado y habiéndose afiliado a ella miembros de todas las religiones sin renunciar a los dogmas especiales de sus fes respectivas, se cree conveniente hacer resaltar el hecho de que no hay doctrina ni opinión, sea quien fuere quien la enseñe o sostenga, que de ningún modo puede ser obligatoria para ningún miembro de la Sociedad, pudiendo cada cual aceptarlas o rechazarlas todas libremente.—La única condición precisa para al admisión es la aceptación del primero de los tres objetos de la Sociedad. Ningún instructor ni escritor, desde H. P. Blavatsky para abajo, tiene autoridad alguna para imponer sus opiniones o enseñanzas a los miembros.—Cada miembro tiene igual derecho para adherirse a cualquier instructor o escuela de pensamiento que él desee elegir, pero no tiene ningún derecho a imponer a otros el escoger como él.—A ningún candidato a un puesto oficial ni a ningún elector se le puede negar su derecho a la candidatura o al voto por causa de las opiniones que pueda sostener o porque pertenezca a determinada escuela de ideas. Las opiniones y creencias no crean privilegios ni acarrean castigos.—Los miembros del Consejo Administrativo ruegan encarecidamente a todo miembro de la Sociedad Teosófica que mantenga y defienda estos principios fundamentales de la Sociedad y amolde a ellos su conducta y que también ejerza sin ningún temor su propio derecho a la libertad de pensamiento y a su amplia expresión dentro de los límites de la cortesía y de la consideración a los demás